

El progreso de la religión cristiana, las opiniones, costumbres, número y estado de los primitivos cristianos

Importancia de la investigación y sus dificultades

Una investigación sincera, aunque racional, del progreso y establecimiento del cristianismo debe ser considerada como una parte muy esencial de la historia del Imperio Romano. Mientras esa gran organización fue amenazada por una abierta violencia y socavada por una lenta decadencia, una religión pura y humilde se insinuó suavemente en los ánimos de los hombres, creció en el silencio y el anonimato, obtuvo nueva energía de la oposición y finalmente levantó la bandera triunfante de la cruz en las ruinas del Capitolio. La influencia del cristianismo no se ciñó al período o a los límites del Imperio Romano. Después de una revolución de trece o catorce siglos, esa religión es aún profesada por las naciones de Europa, la parte más distinguida del género humano en artes, conocimiento y armas. Mediante la industria y el celo de los europeos ha sido ampliamente difundida por las costas más lejanas de Asia y África y por medio de sus colonias se ha establecido firmemente desde Canadá a Chile, en un mundo desconocido por los antiguos.

Pero esta investigación, aunque útil y entretenida, va acompañada de dos dificultades distintas. Los escasos y sos-

pechosos materiales de la historia eclesiástica apenas nos capacitan para disipar la nube oscura que está suspendida sobre la primera época de la Iglesia. La gran ley de la imparcialidad nos obliga muy a menudo a revelar las imperfecciones de los maestros y creyentes del Evangelio faltos de inspiración y, para un observador descuidado, sus faltas parecen proyectar una sombra sobre la fe que profesaban. Pero el escándalo del cristiano piadoso y el triunfo falaz del infiel cesarían una vez que recordaran no solamente por quién sino además para quién fue dada la Revelación divina. El teólogo puede complacerse en la agradable tarea de describir cómo la religión descendió del cielo, formada en su pureza original. Un deber más triste se impone al historiador. Tiene que descubrir la mezcla inevitable de error y corrupción que contrajo durante una larga permanencia sobre la tierra, entre una raza de seres débiles y degenerados.

Cinco causas del progreso del cristianismo

Nuestra curiosidad nos impulsa a preguntar mediante qué medios la fe cristiana obtuvo una victoria tan señalada sobre las religiones establecidas de la tierra. A esta pregunta se le puede dar la obvia, aunque satisfactoria respuesta, de que fue debida al convincente testimonio de la doctrina misma y a la dirigente providencia de su gran autor. Pero como la verdad y la razón rara vez encuentran un adecuado recibimiento en el mundo y como la sabiduría de la Providencia consiente frecuentemente en utilizar las pasiones del corazón humano y las circuns-

tancias generales de la humanidad como instrumentos para ejecutar su propósito, debemos permitirnos todavía preguntar, aunque con apropiada sumisión, no cuáles fueron las primeras, sino cuáles fueron las causas secundarias del rápido progreso de la Iglesia cristiana. Tal vez parecerá que dicho progreso fue favorecido y ayudado por las cinco causas siguientes: I.- El celo inflexible e intolerante, si podemos usar la expresión, de los cristianos, sacado, eso sí, de la religión judía, pero purificado del estrecho e insociable espíritu que, en vez de invitar, había impedido a los gentiles abrazar la ley de Moisés. II.- La doctrina de una vida futura, mejorada con toda circunstancia adicional que pudiera dar peso y eficacia a esa importante verdad. III.- Los poderes milagrosos atribuidos a la Iglesia primitiva. IV.- La moral pura y austera de los cristianos. V.- La unión y disciplina de la república cristiana, que formó gradualmente un estado independiente y próspero en el corazón del Imperio Romano.

*Primera causa: El celo inflexible e intolerante
de los cristianos*

Ya hemos descrito la armonía religiosa del mundo antiguo y la facilidad con que diferentes naciones, incluso hostiles, aceptaron, o al menos respetaron, sus mutuas supersticiones. Pero un pueblo singular rechazó unirse al intercambio común de la humanidad. Los judíos, que, bajo las monarquías asiria y persa, habían languidecido durante muchos siglos hasta ser la parte más despreciada de sus esclavos, emergieron de la oscuridad bajo los su-

cesores de Alejandro y, como se multiplicaron de un modo sorprendente en el este y después en el oeste, pronto excitaron la curiosidad y la admiración de otras naciones. La hosca obstinación con que mantenían sus ritos y sus costumbres antisociales parecían señalarles como una especie distinta de hombres, que profesaban marcadamente o que ocultaban débilmente su implacable odio hacia el resto del género humano. Ni la violencia de Antíoco ni las arterías de Herodes ni el ejemplo de las naciones circunvecinas pudieron persuadir alguna vez a los judíos de mezclar las instituciones de Moisés con la elegante mitología de los griegos*. Según las máximas de tolerancia universal, los romanos protegieron una superstición que despreciaban. El cortés Augusto consintió en dar órdenes para que se ofrecieran sacrificios por su prosperidad en el templo de Jerusalén, mientras que el más insignificante de la posteridad de Abraham, que hubiera tributado el mismo homenaje al Júpiter del Capitolio, habría sido objeto de aborrecimiento para él mismo y para sus hermanos. Pero la moderación de los vencedores era insuficiente para calmar los celosos prejuicios de sus súbditos, que estaban alarmados y escandalizados con las insignias del paganismo que introdujeron ellos mismos en una provincia romana. El insensato intento de Calígula de colocar su propia estatua en el templo de Jerusalén quedó desbaratado por la unánime resolución de un pue-

* Una secta judía que se permitía un tipo de conformidad transitoria derivó de Herodes el nombre de herodianos, por cuyo ejemplo y autoridad habían sido seducidos. Pero sus miembros fueron tan insignificantes y su duración tan corta que Josefo no los ha considerado dignos de su atención.

blo que temía mucho menos la muerte que una profanación tan idólatra. Su apego a la ley de Moisés era igual a su aborrecimiento de las religiones extranjeras. La corriente de celo y devoción, como era llevada por un estrecho canal, corría con la fuerza y algunas veces con la furia de un torrente.

Esta inflexible perseverancia, que parecía tan odiosa o tan ridícula al mundo antiguo, asume un carácter más terrible desde que la Providencia se ha dignado a revelarnos misteriosa la historia del pueblo escogido. Pero el apego devoto e incluso escrupuloso a la religión mosaica, tan manifiesto entre los judíos que vivieron bajo el segundo templo, comienza a ser todavía más sorprendente si se compara con la obstinada incredulidad de sus antepasados. Cuando la ley fue otorgada con estruendo en el monte Sinaí, cuando las olas del océano y el curso de los planetas se suspendieron por la conveniencia de los israelitas y cuando los premios y los castigos temporales fueron las consecuencias inmediatas de su piedad o desobediencia, reincidieron continuamente en la rebelión contra la visible majestad de su rey divino, colocaron los ídolos de las naciones en el santuario de Jehová e imitaron todas las fantásticas ceremonias que se practicaban en las tiendas de los árabes y en las ciudades de Fenicia. Como la protección del cielo fue merecidamente retirada de la desagradecida raza, su fe adquirió un proporcionado nivel de vigor y pureza. Los contemporáneos de Moisés y Josué habían contemplado con despreocupada indiferencia los milagros más asombrosos. Bajo la presión de todo desastre, la creencia de esos milagros ha conservado a los judíos de un período pos-

terior del contagio general de la idolatría y, en contradicción con todo principio de conocimiento de la mente humana, aquel pueblo singular parece haber dado un consentimiento más fuerte y rápido a las tradiciones de sus antepasados remotos que al testimonio de sus propios sentidos*.

La religión judía estaba admirablemente adaptada para la defensa, pero nunca diseñada para la conquista; parece probable que el número de prosélitos nunca fue muy superior al de los apóstatas. Las promesas divinas originariamente se hicieron y el rito eminente de la circuncisión se ordenó a una sola familia. Cuando la posteridad de Abraham se había multiplicado como las arenas del mar, la Divinidad, de cuya boca recibieron un sistema de leyes y ceremonias, se declaró a sí misma como el Dios propio y nacional de Israel y con el cuidado más celoso separó a su pueblo escogido del resto de la humanidad. La conquista de la tierra de Canaán fue acompañada de tantos prodigios y tantas circunstancias sangrientas que los victoriosos judíos se quedaron en un estado de irreconciliable hostilidad con todos sus vecinos. Habían sido enviados para exterminar algunas de las tribus más idólatras y la ejecución de la voluntad divina rara vez se retrasó debido a la debilidad del género humano. Se les prohibió contraer matrimonio o alianza con otras naciones y la prohibición de acogerlas en la congregación, que en algunos casos era perpetua, casi

* «¿Cuánto tiempo me provocará este pueblo? ¿Y cuánto tiempo transcurrirá antes de que crean en mí, con todas las señales que he hecho entre ellos?». (*Números XIV, II*). Sería fácil, aunque indecoroso, justificar la queja de la Divinidad a partir de todo el contenido de la historia mosaica.

siempre se extendió a la tercera, a la séptima o incluso a la décima generación. La obligación de predicar a los gentiles la fe de Moisés nunca había sido inculcada como un precepto de la ley ni los mismos judíos se inclinaron a imponerla como un deber voluntario.

En la admisión de nuevos ciudadanos, ese pueblo insociable se comportaba con la vanidad interesada de los griegos más que con la política generosa de Roma. Los descendientes de Abraham se enorgullecían con la idea de que sólo ellos eran los herederos de la promesa, y temían que el valor de su herencia disminuyera al compartirla con los extraños de la tierra. Una mayor relación con la humanidad amplió su conocimiento sin corregir sus prejuicios y, cada vez que el Dios de Israel adquiría nuevos devotos, los debía mucho más al carácter inconstante del politeísmo que al celo activo de sus propios misioneros. La religión de Moisés parece estar instituida para un país particular y para una sola nación, y si se impuso una estricta obediencia para que todo varón se presentara tres veces al año ante el Señor Jehová, habría sido imposible que alguna vez los judíos se hubieran extendido más allá de los estrechos límites de la tierra prometida. Ese obstáculo quedó eliminado con la destrucción del templo de Jerusalén, pero la parte más importante de la religión judía se vio envuelta en su destrucción y los paganos, que quedaron admirados durante mucho tiempo por la extraña noticia de un santuario vacío, no sabían cómo hallar lo que podría ser el objeto o los instrumentos de un culto que carecía de templos y de altares, de sacerdotes y de sacrificios. Pero incluso en su humillante situación, los judíos, reafirmandose todavía en sus eleva-

dos y exclusivos privilegios, evitaron, en vez de cortejar, el trato con los extraños. Insistieron con inflexible rigor en aquellas partes de la ley que estaba en su poder practicar. Sus particulares distinciones de días, de comidas y sus distintas ceremonias triviales aunque onerosas eran objeto de disgusto y aversión para otras naciones debido a que sus hábitos y prejuicios eran diametralmente opuestos. Sólo el rito doloroso e incluso peligroso de la circuncisión era capaz de repeler a un prosélito voluntario de la puerta de la sinagoga.

Bajo estas circunstancias, la cristiandad se ofreció al mundo armada con la fuerza de la ley mosaica y liberada del peso de sus trabas. Un celo exclusivo por la verdad de la religión y la unidad de Dios fue cuidadosamente inculcado tanto en el nuevo como en el antiguo sistema, y todo lo que era revelado a la humanidad relativo a la naturaleza y al propósito del Ser Supremo se adaptaba para realzar la reverencia de esa misteriosa doctrina. La autoridad divina de Moisés y los profetas se admitía e incluso se establecía como la base más firme del cristianismo. Desde el comienzo del mundo, una serie continua de predicciones había anunciado y preparado la venida del Mesías, esperado desde hacía tiempo, el cual, de acuerdo con las percepciones burdas de los judíos, había sido representado con más frecuencia bajo el carácter de un rey y vencedor que bajo el de un profeta, un mártir y el Hijo de Dios. Mediante su sacrificio expiatorio, los sacrificios del templo se terminaron y abolieron al mismo tiempo. A la ley ceremonial, compuesta solamente de tipos y figuras, le sucedió un culto puro y espiritual, igualmente adaptado a todos los climas y a toda condición de la hu-

manidad, y la iniciación de sangre se substituyó con otra más inofensiva de agua. La promesa del favor divino, en lugar de ser parcialmente confinada a la posteridad de Abraham, se propuso universalmente al libre y al esclavo, al griego y al bárbaro, al judío y al gentil. Todo privilegio que pudiera levantar al prosélito desde la tierra al cielo, exaltar su devoción, asegurar su felicidad o incluso satisfacer aquel secreto orgullo que, bajo la apariencia de devoción, se insinúa dentro del corazón humano, quedaba reservado a los miembros de la Iglesia cristiana, pero, al mismo tiempo, se permitía, e incluso se solicitaba a toda la humanidad que aceptara la gloriosa distinción, que no solamente era propuesta como un favor, sino impuesta como una obligación. Comenzó a ser el deber sagrado de un nuevo converso difundir entre sus amigos y parientes la inestimable bendición que había recibido y de advertirles contra su rechazo, pues podría ser severamente castigado como desobediencia culpable a la voluntad de un dios benevolente aunque todopoderoso.

Sin embargo, el rescate de la Iglesia de los lazos de la sinagoga fue una labor dificultosa que llevó algún tiempo. Los judíos convertidos, que reconocían en Jesús el carácter del Mesías predicho por sus antiguas profecías, le respetaban como maestro profético de virtud y religión, pero se adherían obstinadamente a las ceremonias de sus antepasados y deseaban imponérselas a los gentiles, quienes continuamente aumentaban en número de creyentes. Estos cristianos judaizantes parecen haber discutido con algún grado de verosimilitud sobre el origen divino de la ley mosaica y las perfecciones inmutables de su gran autor. Afirmaban que, si el Ser, que es el mis-

mo a través de toda la eternidad, hubiera considerado apropiado abolir aquellos ritos sagrados que habían servido para distinguir a su pueblo escogido, el rechazo de los mismos habría sido no menos claro y solemne que su primera promulgación; que, en vez de aquellas frecuentes declaraciones que suponen o afirman la perpetuidad de la religión mosaica, se habría mostrado como un esquema provisional propuesto para durar solamente hasta la venida del Mesías, que enseñaría a la humanidad un modo más perfecto de fe y de culto; que el mismo Mesías y sus discípulos que conversaron con él en la tierra, en lugar de autorizar con su ejemplo las ceremonias más nimias de la ley mosaica, habrían pregonado al mundo la abolición de aquellas ceremonias inútiles y obsoletas, sin permitir que el cristianismo permaneciera durante tantos años confundido entre las sectas de la Iglesia judía. Argumentos como éstos parecen haber sido usados en defensa de la causa moribunda de la ley mosaica, pero la diligencia de nuestros sabios teólogos ha explicado ampliamente el lenguaje ambiguo del Antiguo Testamento y la conducta ambigua de los maestros apostólicos. Fue apropiado desarrollar gradualmente el sistema del Evangelio y pronunciar con la máxima cautela y dulzura una sentencia de condena tan repugnante a la inclinación y a los prejuicios de los judíos creyentes.

La historia de la Iglesia de Jerusalén proporciona una prueba palpable de la necesidad de esas precauciones y de la profunda impresión que la religión judía había dejado en las mentes de sus secuaces. Los quince primeros obispos de Jerusalén fueron todos judíos circuncidados y la congregación sobre la que presidían juntaba la ley de

Moisés con la doctrina de Cristo. Era natural que la tradición primitiva de una Iglesia que fue fundada solamente cuarenta días después de la muerte de Cristo y que fue gobernada casi tantos años bajo la inspección inmediata de su apóstol fuera recibida como la bandera de la ortodoxia. Con mucha frecuencia las lejanas iglesias apelaban a la autoridad de su venerable Madre y aliviaban sus apuros mediante una contribución generosa de limosnas. Pero cuando se establecieron numerosas y opulentas congregaciones en las grandes ciudades del imperio, en Antioquía, Alejandría, Éfeso, Corinto y Roma, la reverencia que Jerusalén les había inspirado a todas las colonias cristianas fue disminuyendo poco a poco. Los judíos convertidos o, como fueron denominados después, los nazarenos, que habían asentado los fundamentos de la Iglesia, pronto se encontraron abrumados por las crecientes multitudes que desde todas las diferentes religiones del politeísmo se alistaron bajo la bandera de Cristo. Los gentiles que, con la aprobación de su apóstol, habían rechazado el intolerable peso de las ceremonias mosaicas, finalmente les negaron a sus escrupulosos hermanos la misma tolerancia que al principio habían solicitado humildemente para su propia práctica. La ruina del templo, de la ciudad y de la religión pública de los judíos fue duramente sentida por los nazarenos, pues en sus costumbres, aunque no en su fe, mantenían una conexión muy íntima con sus compatriotas impíos, cuyas desgracias se atribuyeron al desprecio de los paganos y con más razón a la ira de la Divinidad Suprema de los cristianos. Los nazarenos se retiraron desde las ruinas de Jerusalén hacia la pequeña población de Pella, más allá del Jordán, donde

esa antigua Iglesia languideció más de sesenta años en soledad y oscuridad*. Disfrutaron a pesar de todo del consuelo de hacer visitas frecuentes y devotas a la Ciudad Santa con la esperanza de ser restituidos algún día a esos lugares que la naturaleza y la religión los enseñaron a amar y reverenciar. Pero, al final, bajo el reinado de Adriano, el desesperado fanatismo de los judíos colmó la medida de sus calamidades y los romanos, irritados por sus continuas rebeliones, ejercieron los derechos de victoria con inusual rigor. El emperador fundó, bajo el nombre de Elia Capitolina, una nueva ciudad en el monte Sión, a la que otorgó los privilegios de una colonia y, amenazando con las penas más severas contra cualquier judío que osara acercarse a sus recintos, estableció una guarnición vigilante de una cohorte romana para reforzar el cumplimiento de sus órdenes. Los nazarenos habían dejado solamente una salida para escapar de la proscripción y la fuerza de la verdad se ayudó en esta ocasión de la influencia de ventajas temporales. Eligieron a Marco como su obispo, prelado del linaje de los gentiles y muy probablemente natural de Italia o de alguna de las provincias latinas. Gracias a su poder de persuasión, la parte más importante de la congregación renunció a la ley mosaica, en cuya práctica habían perseverado más de un siglo. Mediante este sacrificio de sus hábitos y prejuicios, compraron una entrada libre en la colonia de Adriano y cimentaron con más firmeza su unión con la Iglesia católica.

* Durante esta ausencia ocasional, el obispo y la iglesia de Pella mantuvieron todavía el título de Jerusalén. Del mismo modo, los romanos pontífices residieron setenta años en Aviñón y los patriarcas de Alejandría habían trasladado hacía mucho tiempo su sede episcopal a El Cairo.

Cuando el nombre y los honores de la Iglesia de Jerusalén fueron restablecidos en el monte Sión, los delitos de herejía y de cisma se imputaron al resto de los nazarenos que se negaron a acompañar a su obispo latino. Conservando todavía su antigua morada de Pella, se extendieron por las villas adyacentes a Damasco y formaron una insignificante iglesia en la ciudad de Berea o, como es ahora denominada, de Alepo, en Siria. El nombre de nazarenos se consideró demasiado honorable para esos judíos cristianos y pronto recibieron, debido a la supuesta pobreza de su entendimiento y de su condición, el epíteto despreciable de ebionitas. Unos pocos años después del retorno de la Iglesia de Jerusalén, se suscitó un tema de duda y controversia sobre si un hombre que sinceramente reconociera a Jesús como el Mesías, pero que todavía continuara observando la ley de Moisés, podía esperar la salvación. El temperamento humanista de Justino Mártir le inclinó a responder a esta cuestión de modo afirmativo; y aunque se expresó con cautelosa discreción, optó por decidirse en favor de un cristiano imperfecto, que estuviera complacido de practicar las ceremonias mosaicas sin pretender afirmar su utilidad o necesidad. Pero, cuando Justino fue presionado a que declarara cuál era la creencia de la Iglesia, confesó que había muchos cristianos ortodoxos que no solamente excluían a sus hermanos judaizantes de la esperanza de la salvación, sino que rechazaban todo trato con ellos en los oficios comunes de amistad, hospitalidad y vida social. La opinión más rigurosa prevaleció, como era de esperar, sobre la más suave y se fijó una barrera perpetua de separación entre los discípulos de Moisés y los de Cristo. Los desdi-

chados ebionitas, rechazados de una religión como apóstatas y de la otra como herejes, se vieron obligados a asumir un talante más decidido y, aunque algunos rasgos de esa secta obsoleta pueden ser descubiertos hasta el siglo iv, se refundieron imperceptiblemente en la Iglesia y en la sinagoga*.

Mientras la Iglesia ortodoxa se mantenía justo en medio de la veneración excesiva y el desprecio inadecuado por la ley de Moisés, los diferentes herejes se desviaban hacia extremos iguales aunque opuestos de error y extravagancia. De la verdad reconocida de la religión judía, los ebionitas concluyeron que nunca podría ser abolida. De sus supuestas imperfecciones, hasta los gnósticos dedujeron apresuradamente que nunca fue instituida por la sabiduría de la Divinidad. Hay algunas objeciones contra la autoridad de Moisés y de los profetas que se presentan demasiado pronto a la mente escéptica, aunque ellas solamente pueden deducirse de nuestra ignorancia sobre la antigüedad remota y de nuestra incapacidad para formar un juicio adecuado de la economía divina. Estas objeciones fueron aceptadas con avidez y hasta impulsadas presumidamente por la vana ciencia de los gnósticos. Como esos herejes eran, en gran parte, contrarios a los placeres de los sentidos, criticaron con acritud la poligamia de los

* De todos los sistemas del cristianismo, el de Abisinia es el único que todavía se adhiere a los ritos mosaicos. El eunuco de la reina Candace podía sugerir algunas sospechas, pero, como se nos asegura que los etíopes no fueron convertidos hasta el siglo iv, es más razonable creer que respetaban el sábado y distinguían las carnes prohibidas a imitación de los judíos, que, en una época muy anterior, estaban establecidos en ambas orillas del mar Rojo. La circuncisión había sido practicada por los etíopes más antiguos por motivos de salud y limpieza.

patriarcas, las galanterías de David y el serrallo de Salomón. La conquista de la tierra de Canaán y el exterminio de sus desprevenidos nativos los desorientaron tanto que no sabían cómo reconciliarse con las nociones comunes de humanidad y justicia. Pero, cuando recordaban la sangüinaria lista de asesinatos, ejecuciones y masacres, que manchan casi todas las páginas de los anales judíos, reconocieron que los bárbaros de Palestina ejercieron tanta compasión hacia sus enemigos idólatras como la habían mostrado alguna vez a sus amigos o compatriotas. Superando a los sectarios de la misma ley, afirmaban que era imposible que una religión, que consiste solamente en sangrientos sacrificios e insignificantes ceremonias y cuyos premios y castigos eran de naturaleza carnal y temporal, pudiera inspirar amor a la virtud e impedir la impetuosa pasión. La narración mosaica de la creación y la caída del hombre era tratada por los gnósticos con irrisión profana, que no escucharían con paciencia el descanso de la Divinidad después de seis días de trabajo, la costilla de Adán, el jardín del Edén, los árboles de la vida y del conocimiento, la serpiente habladora, la fruta prohibida y la condena pronunciada contra el género humano por la ofensa venial de sus primeros progenitores. El Dios de Israel era descrito impíamente por los gnósticos como un ser sujeto a la pasión y al error, caprichoso en su favor, implacable en su resentimiento, ruinmente celoso de su supersticiosa adoración y limitado en su providencia parcial a un solo pueblo y a esta vida transitoria. Debido a tales características, no podían descubrir ninguno de los rasgos del Padre sabio y omnipotente del universo. Admitían que la religión de los ju-

díos era algo menos criminal que la idolatría de los gentiles, pero su doctrina fundamental era que el Cristo, a quien adoraban como la emanación primera y más resplandeciente de la Divinidad, apareció sobre la Tierra para rescatar a la humanidad de sus diferentes errores y para revelar un nuevo sistema de verdad y perfección. Los padres más cultos, mediante una condescendencia muy singular, han admitido imprudentemente la sofistería de los gnósticos. Reconociendo que el sentido literal es repugnante a todos los principios de la fe y la razón, se creyeron seguros e invulnerables detrás del amplio velo de la alegoría, que extendieron cuidadosamente sobre todas las partes más blandas de la ley mosaica.

Se ha comentado, con más ingenio que certeza, que la pureza virginal de la Iglesia nunca fue violada por el cisma o la herejía antes del reinado de Trajano o Adriano, cerca de cien años después de la muerte de Cristo. Podemos observar de manera más adecuada que durante ese período los discípulos del Mesías se complacían con la más amplia libertad de fe y práctica que alguna vez se haya permitido en siglos posteriores. Como las condiciones de comunión se fueron estrechando poco a poco y la autoridad espiritual del partido dominante se ejercía con creciente severidad, muchos de sus adeptos más respetables, que eran convocados a renunciar a sus opiniones personales, fueron obligados a afirmarlas, a atenerse a las consecuencias de sus equivocados principios y a levantar abiertamente la bandera de la rebelión contra la unidad de la Iglesia. Los gnósticos se distinguían por ser los más educados, los más cultos y los más ricos del nombre cristiano, y esa denominación general, que ex-

presaba una superioridad de conocimiento, fue asumida por su propio orgullo u otorgada con ironía por la envidia de sus adversarios. Éstos eran casi sin excepción de la raza de los gentiles y sus principales fundadores parecen haber sido naturales de Siria o Egipto, donde el clima cálido dispone la mente y el cuerpo a la indolencia y a la devoción contemplativa. Los gnósticos mezclaban con la fe de Cristo muchos dogmas sublimes, aunque oscuros, que sacaban de la filosofía oriental e incluso de la religión de Zoroastro, referentes a la eternidad de la materia, la existencia de dos principios y la misteriosa jerarquía del mundo invisible. Una vez que se lanzaron a ese vasto abismo, se entregaron a la dirección de una desordenada imaginación y, como las sendas del error son diversas e infinitas, los gnósticos se dividieron en más de cincuenta sectas particulares, de las que las más famosas parecen haber sido los basilidianos, los valentinianos, los marcionitas y, en un período posterior, los maniqueos. Cada una de estas sectas podía presumir de sus obispos y congregaciones, de sus doctores y mártires y, en vez de los cuatro Evangelios adoptados por la Iglesia, los herejes enseñaban un sinfín de historias en que las acciones y los discursos de Cristo y sus apóstoles se adaptaban a sus respectivos dogmas. El éxito de los gnósticos fue rápido y grande. Cubrieron Asia y Egipto, se establecieron en Roma y algunas veces llegaron a penetrar en las provincias de Occidente. La mayor parte de ellos surgieron en el siglo II, florecieron durante el III y fueron desapareciendo en el IV o el V por el predominio de controversias más de moda y por el supremo ascendiente del poder reinante. Aunque constantemente alteraban la paz y des-

honraban el nombre de la religión, contribuyeron a ayudar más que a retardar el progreso del cristianismo. Los gentiles convertidos, cuyas objeciones más fuertes y prejuicios iban directamente contra la ley de Moisés, fueron admitidos en muchas sociedades cristianas, que no exigían de su mente ignorante ninguna creencia de revelación anterior. Su fe se fue fortificando y ampliando poco a poco y la Iglesia se benefició finalmente de las conquistas de sus enemigos más ancestrales*.

Pero por muchas diferencias de opinión que pudieran existir entre los ortodoxos, los ebionitas y los gnósticos relativas a la divinidad o a la obligación de la ley mosaica, estaban todos igualmente animados por el mismo celo y por la misma aversión a la idolatría que había distinguido a los judíos de otras naciones del mundo antiguo. El filósofo, que consideraba el sistema del politeísmo como una composición fraudulenta y errónea, podía esconder una sonrisa de desprecio bajo la máscara de la devoción, sin temer que la burla o la conformidad le expusieran al resentimiento de algunos poderes invisibles o, en su opinión, imaginarios. Pero las religiones establecidas del paganismo fueron vistas por los primitivos cristianos bajo un prisma mucho más odioso y formidable. Era opinión universal de la Iglesia y de los herejes que los demonios eran los autores, los patronos y los objetos de la idolatría. Esos espíritus rebeldes, que habían sido degradados de la categoría de ángeles y derribados al abismo infernal, estaban a pesar de todo autorizados a vagar sobre la

* Agustín es un ejemplo memorable de su gradual progreso desde la razón a la fe. Estuvo, durante varios años, atrapado en la secta de los maniqueos.

tierra, atormentar a los cuerpos y seducir las mentes de los hombres pecadores. Los demonios pronto descubrieron y abusaron de la natural propensión del corazón humano hacia la devoción y, retirando ingeniosamente la adoración del género humano por su Creador, usurparon el lugar y los honores de la Divinidad Suprema. Mediante el éxito de sus maliciosas invenciones, halagaron a la vez su propia vanidad y venganza y obtuvieron la única satisfacción de la que eran todavía susceptibles: la esperanza de involucrar a la especie humana en la participación de su culpa y miseria. Se confesaba o, al menos, se imaginaba que se habían repartido entre ellos mismos los papeles más importantes del politeísmo: un demonio asumiendo el nombre y los atributos de Júpiter, otro, de Esculapio, un tercero, de Venus y un cuarto, tal vez de Apolo, y que mediante la ventaja de su gran experiencia y naturaleza aérea estaban capacitados para ejecutar con suficiente destreza y dignidad los papeles que habían emprendido. Se escondían en los templos, iniciaban los festejos y sacrificios, inventaban fábulas, pronunciaban oráculos y les era permitido realizar milagros. Los cristianos, que mediante la interposición de los malos espíritus podían fácilmente descifrar toda apariencia sobrenatural, estaban dispuestos e incluso deseosos de admitir las ficciones más extravagantes de la mitología pagana. Pero la creencia del cristiano iba acompañada del horror. Consideraba la señal más insignificante de respeto al culto nacional como un homenaje directo rendido al demonio y como un acto de rebelión contra la majestad de Dios.

Como consecuencia de esta opinión, el primer deber del cristiano, aunque arduo, era conservarse puro e im-

poluto de la práctica de la idolatría. La religión de las naciones no era meramente una doctrina especulativa profesada en las escuelas o predicada en los templos. Las innumerables divinidades y ritos del politeísmo estaban estrechamente entretejidos con todo tipo de negocio o placer, de vida pública o privada y parecía imposible eludir la observancia de los mismos sin, al mismo tiempo, renunciar al comercio del género humano y a todos los oficios y diversiones de la sociedad. Las importantes negociaciones de la paz y la guerra se preparaban y concluían mediante solemnes sacrificios en los que el magistrado, el senador y el soldado estaban obligados a presidir o participar*. Los espectáculos públicos eran una parte esencial de la alegre devoción de los paganos y se suponía que los dioses aceptaban como ofrenda más grata los juegos que el príncipe y el pueblo celebraban en honor de su festividad. Los cristianos, que con horror piadoso eludían la abominación del circo y del teatro, se sentían envueltos en lazos infernales en cualquier alegre entretenimiento, siempre que sus amigos, invocando a las divinidades tutelares, derramaban libaciones por su mutua felicidad. Cuando una novia, luchando con fingida reticencia, era forzada en pompa nupcial en el umbral de su nueva morada o cuando la procesión triste de un difunto marchaba lentamente hacia la pira funeraria, el cristiano, en estas importantes ocasiones, estaba obligado a abandonar a las personas que le eran más queridas, para no contraer la culpa inherente a esas ceremonias impías. Todo arte y

* El senado romano se reunía siempre en un templo o lugar consagrado. Antes de que entraran en materia, cada senador derramaba algo de vino e incienso sobre el altar.

todo comercio que tuvieran la menor referencia a la elaboración o al adorno de los ídolos estaban contaminados con la mancha de la idolatría; la sentencia era severa, puesto que consagraba a la miseria eterna a la mayor parte de la comunidad que se empleaba en el ejercicio de profesiones liberales o mecánicas. Si posamos la mirada sobre los restos numerosos de la Antigüedad, percibiremos que, además de las representaciones cercanas de los dioses y los instrumentos sagrados de su culto, las formas elegantes y las ficciones agradables consagradas por la imaginación de los griegos se introdujeron como los ornamentos más ricos de las casas, el vestido y el mobiliario de los paganos. Incluso las artes de la música y la pintura, de la elocuencia y la poesía fluían de ese origen impuro. En el estilo de los padres, Apolo y las musas eran los órganos del espíritu infernal, Homero y Virgilio eran los más eminentes de sus servidores y la bella mitología, que impregna y anima las composiciones de su genio, se destina a celebrar la gloria de los demonios. Incluso en el lenguaje común de Grecia y Roma abundaban expresiones familiares, aunque impías, que el cristiano imprudente podía descuidadamente proferir o paciente-mente escuchar*.

Las tentaciones peligrosas, que en todo lugar acechaban para sorprender al creyente desprevenido, le asaltaban con redoblada violencia en los días de festividades solemnes. Estaban tan ingeniosamente encuadradas y dispuestas a lo largo del año que la superstición siempre llevaba la

* Si un amigo pagano (en el caso, por ejemplo, de estornudar) usaba la expresión familiar de «Júpiter te bendiga», el cristiano estaba obligado a protestar contra la divinidad de Júpiter.

apariencia de placer y a menudo de virtud. Algunas de las festividades más sagradas en el ritual romano se destinaban a reverenciar las nuevas calendas de enero con votos de felicidad pública y privada, gozar del piadoso recuerdo de la muerte y la vida, verificar los límites inviolables de la propiedad, saludar, al regreso de la primavera, los poderes geniales de la fecundidad, perpetuar las dos eras memorables de Roma, la fundación de la ciudad y de la república, y restablecer, durante la licencia humana de los *Saturnalia*, la igualdad primitiva del género humano. Nos podemos hacer alguna idea de la aversión de los cristianos por tales ceremonias impías por la escrupulosa delicadeza que manifestaban en ocasiones mucho menos alarmantes. En los días de festividad general era costumbre entre los antiguos adornar las puertas con lámparas y con hojas de laurel y coronar sus cabezas con una guirnalda de flores. Esta práctica inocente y elegante podía tal vez haber sido tolerada como una mera institución civil. Pero sucedía desgraciadamente que las puertas estaban bajo la protección de los dioses lares, que el laurel era sagrado para el amante de Dafne y que las guirnaldas de flores, aunque normalmente se llevaban como símbolo de gozo o duelo, habían sido dedicadas en su origen al servicio de la superstición. Los temblorosos cristianos, que eran persuadidos en este caso a condescender con la moda de su país y con los mandatos del magistrado, actuaban con deprimente recelo por los reproches de su propia conciencia, las censuras de la Iglesia y las denuncias de la venganza divina.

Tal era la inquieta diligencia que se requería para proteger la castidad del Evangelio del aliento infeccioso de

la idolatría. Los seguidores de la religión establecida practicaban, con descuido, por educación y hábito, las observancias supersticiosas de los ritos. Pero, cada vez que se presentaban, daban a los cristianos la oportunidad de declarar y confirmar su celosa oposición. Mediante estas frecuentes protestas, su adhesión a la fe se fue fortaleciendo y en proporción al incremento del celo combatieron con más ardor y éxito en la guerra santa que habían emprendido contra el imperio de los demonios.

Segunda causa: La doctrina de una vida futura

Los escritos de Cicerón manifiestan con los colores más vivos la ignorancia, los errores y la incertidumbre de los antiguos filósofos con relación a la inmortalidad del alma. Cuando están deseosos de armar a sus discípulos contra el miedo de la muerte, inculcan, como una evidente aunque triste posición, que el golpe fatal de nuestra disolución nos libera de las calamidades de la vida y que ya no pueden sufrir por más tiempo los que dejan de existir. Pero había unos pocos sabios de Grecia y Roma que habían concebido una idea más elevada y, en algunos aspectos, más justa de la naturaleza humana, aunque debe confesarse que, en esta sublime investigación, su razón a menudo se había guiado por su imaginación y que ésta se había impulsado por su vanidad. Cuando veían complacientes la amplitud de sus propias energías mentales, cuando ejercitaban las distintas facultades de la memoria, de la fantasía y del juicio en las especulaciones

más profundas o los trabajos más importantes, y cuando reflexionaban sobre el deseo de la fama, que los trasladaba a épocas futuras, mucho más allá de las fronteras de la muerte y de la sepultura, no estaban dispuestos a confundirse con las bestias del campo o suponer que un ser, por cuya dignidad mantenían la admiración más sincera, pudiera estar limitado a una parte de la tierra y a unos pocos años de duración. Con esta predisposición, invocaron en su ayuda a la ciencia, o más bien al lenguaje de la metafísica. Pronto descubrieron que, como ninguna de las propiedades de la materia se aplica a las operaciones de la mente, el alma humana, por consiguiente, tiene que ser una sustancia distinta del cuerpo, pura, simple y espiritual, incapaz de disolución y susceptible de un grado más elevado de virtud y felicidad después de liberarse de su prisión corporal. Desde estos principios hermosos y nobles, los filósofos que siguieron los pasos de Platón dedujeron una conclusión nada justificada, pues afirmaban no solamente la inmortalidad futura, sino la eternidad pasada del alma humana, que estaban también dispuestos a considerar como una parte del espíritu infinito y preexistente que impregna y sustenta el universo*. Una doctrina de este modo distante de los sentidos y de la experiencia humana podía servir para entretener el ocio de una mente filosófica o, en el silencio de la soledad, podía algunas veces conceder un rayo de consuelo a la desanimada virtud, pero la débil impresión que había producido en

* La preexistencia de las almas humanas, hasta donde al menos esa doctrina es compatible con la religión, fue adoptada por muchos de los padres griegos y latinos.

las escuelas quedó pronto desvanecida por el comercio y los negocios de la vida activa. Estamos lo suficientemente al corriente de las personas eminentes que florecieron en la época de Cicerón y de los primeros césares, de sus actuaciones, sus caracteres y sus motivos como para estar seguros de que su conducta en esta vida nunca fue regulada por una seria convicción de los premios y castigos de una vida futura. En el foro y en el senado de Roma, los oradores más capaces no temían ofender a sus oyentes exponiendo esa doctrina como una opinión frívola y extravagante, que era rechazada con desprecio por todo hombre de entendimiento y educación humanística.

Por lo tanto, dado que los esfuerzos más sublimes de la filosofía no pueden tratar de señalar más que débilmente el deseo, la esperanza o, como mucho, la probabilidad de una vida futura, no hay nada, excepto una revelación divina, que pueda afirmar la existencia y describir la condición del invisible país destinado a recibir las almas de los hombres después de su separación del cuerpo. Pero podemos apreciar varios defectos inherentes a las religiones populares de Grecia y Roma que las hicieron muy inadecuadas a tarea tan ardua.

I.- El sistema general de su mitología no estaba sustentado por sólidos cimientos y los más sabios entre los paganos ya habían rechazado su usurpada autoridad.

II.- La descripción de las regiones infernales había sido abandonada a la fantasía de pintores y poetas, y éstos las poblaron de muchos fantasmas y monstruos que dispensaban sus premios y castigos con tan poca justicia que una verdad solemne, la más congénita al corazón huma-

no, fue abatida y deshonrada por la mezcla absurda de las ficciones más estrafalarias.

III.- La doctrina de una vida futura apenas se consideraba entre los politeístas devotos de Grecia y Roma como artículo fundamental de fe. La providencia de los dioses, como se refería a las comunidades públicas más que a los individuos en particular, se mostraba principalmente en el teatro visible del mundo presente. Las peticiones que se realizaban en los altares de Júpiter o Apolo expresaban la inquietud de sus adoradores por felicidades temporales y su ignorancia o indiferencia respecto a una vida futura. La verdad fundamental de la inmortalidad del alma fue inculcada con más diligencia y éxito en la India, Asiria, Egipto y la Galia y, dado que no podemos atribuir tal diferencia al conocimiento superior de los bárbaros, debemos adscribirla a la influencia de un sacerdocio establecido, que utilizaba los motivos de virtud como el instrumento de ambición.

Podríamos haber esperado naturalmente que un principio tan esencial a la religión hubiera sido revelado en los términos más claros al pueblo escogido de Palestina y haber sido seguramente confiado al sacerdocio hereditario de Aarón. Es de nuestra incumbencia adorar los misteriosos decretos de la Providencia, cuando descubrimos que la doctrina de la inmortalidad del alma es omitida en la ley de Moisés, es insinuada confusamente por los profetas y durante el largo período que transcurrió entre las servidumbres egipcia y babilónica, las esperanzas y los temores de los judíos parecen haber sido confinados dentro de los límites estrechos de la vida presente. Después de que Ciro permitiera al pueblo desterrado re-

gresar a la tierra prometida y de que Esdras restableciera antiguos recuerdos de su religión, dos sectas famosas, los saduceos y los fariseos, surgieron en Jerusalén. Los primeros, procedentes de las filas más opulentas y distinguidas de la sociedad, se atenían estrictamente al sentido literal de la ley mosaica y rechazaban piadosamente la inmortalidad del alma como una idea que no tenía cabida en el libro divino, el cual reverenciaban como norma única de su fe. A la autoridad de la escritura, los fariseos añadían la de la tradición y aceptaban, bajo el nombre de tradiciones, varios dogmas especulativos de la filosofía y la religión de las naciones orientales. Las doctrinas del destino y de la predestinación, de los ángeles y de los espíritus y una vida futura de premios y castigos estaban en el grupo de estos nuevos artículos de creencia y, como los fariseos, por la austeridad de sus costumbres, atraieron a su partido al pueblo judío, la inmortalidad del alma comenzó a ser el sentimiento predominante de la sinagoga bajo el reinado de los príncipes y pontífices asmoneos. La idiosincrasia de los judíos era incapaz de contentarse con una afirmación tan tibia y lánguida como para satisfacer la mente de un politeísta y, tan pronto como admitieron la idea de una vida futura, la abrazaron con el celo que siempre ha caracterizado a la nación. Sin embargo, su celo nada añadía a su evidencia o incluso probabilidad y era todavía necesario que la doctrina de la vida y de la inmortalidad, que había sido dictada por la naturaleza, aceptada por la razón y recibida por la superstición, obtuviera la aprobación de verdad divina por la autoridad y el ejemplo de Cristo.

Cuando la promesa de felicidad eterna fue propuesta al género humano con la condición de aceptar la fe y ob-

servar los preceptos del Evangelio, no es de extrañar que oferta tan ventajosa hubiera sido aceptada por grandes multitudes de toda religión, jerarquía y provincia del Imperio Romano. Los primitivos cristianos estaban animados por un desprecio de la existencia presente y por una confianza en la inmortalidad de la que la fe dudosa e imperfecta de épocas recientes no puede darnos una noción adecuada. En la Iglesia primitiva, la influencia de la verdad fue fortalecida poderosamente por una opinión que, aunque puede merecer respeto por su utilidad y antigüedad, no ha sido corroborada por la experiencia. Se creía que el fin del mundo y el reino de los cielos estaban cerca. La proximidad de este maravilloso acontecimiento había sido predicha por los apóstoles; la tradición de la misma se conservó por sus discípulos más directos y los que entendían en su sentido literal los discursos del mismo Cristo se vieron obligados a esperar la segunda y gloriosa venida del Hijo del Hombre en las nubes, antes de que se extinguiera totalmente aquella generación que había contemplado su humilde condición sobre la Tierra y que todavía podía ser testigo de las calamidades de los judíos bajo Vespasiano o Adriano. La revolución de diecisiete siglos nos ha enseñado a no forzar demasiado el lenguaje misterioso de la profecía y la revelación, pero, mientras con acertados propósitos se permitió que este error se mantuviera en la Iglesia, éste produjo los efectos más saludables en la fe y en la práctica de los cristianos, que vivían ante la expectación de aquel momento en que el globo mismo y todas las razas de la humanidad temblarían ante la aparición del Divino Juez*.

* Esta expectativa estaba contenida en el capítulo 24 de san Mateo y en la